

Fragmentos de soledad

El pasado en borrador

ANA ISABEL CORREA

Frailejón Editores, Medellín, colección Mi Libro, 2011

HAY LIBROS ante los que la primera pregunta que surge es acerca de las razones que motivaron al autor o a la autora a publicarlos. La frase no es despectiva, un libro que parece escrito solo como un diálogo con quien lo escribió y que no está hecho ya pensando en potenciales lectores puede tener sin duda virtudes especiales. Escribo esto pensando en el librito, el diminutivo se debe a sus dimensiones físicas y no a otra cosa, de Ana Isabel Correa titulado *El pasado en borrador*.

Se trata de una colección de prosas íntimas, que podrían estar tomadas de un diario, publicadas en una colección de corte bastante artesanal de Frailejón Editores. La autora, según se registra en la última página, nació en 1954, es socióloga. Nada se dice de su posible relación con la literatura y se oculta, acaso deliberadamente, que es nieta del cuentista Efe Gómez. En una nota sobre el libro que encuentro en otra parte leo que pertenece a “una familia de suicidas y de mujeres hermosas”.

A lo largo de sus breves prosas aparece un suicidio, el del abuelo de la narradora. Iba a escribir que el de la autora pero no hay modo, la formación teórica me obliga a distinguir entre la narradora en primera persona –en este caso habría que hablar tal vez de un yo lírico– y la autora de carne y hueso. Se registra el suicidio para indicar luego la marca que dejó sobre el padre de la narradora que en otra de las prosas aparece como un borracho empedernido que hacía de la casa un lugar de zozobra. “En la casa no había cobijo”, dice el texto del que no se puede citar la página porque las páginas del libro no están numeradas.

El texto que abre el libro también tiene que ver con la soledad y con el desamparo. Se trata de la reacción infantil ante un temblor de tierra en el patio del recreo que es percibido como algo apocalíptico: “Caí al piso. El desamparo era total: mi madre no

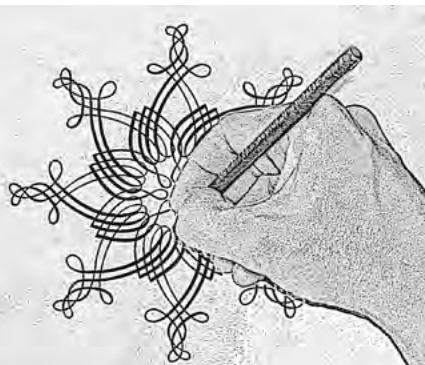
estaba allí. Supe que nadie podía hacer nada. Comprendí que estaba sola en el mundo”.

Esa soledad y ese desamparo ante un fenómeno natural se combina luego con el desamparo ante el padre borracho, que lleva a que cada noche la narradora tenga que ordenar los objetos de la casa “como si así ordenara el mundo”. El padre acaso también es un desamparado, marcado por el suicidio del abuelo. El texto final del libro también tiene que ver con la soledad, con la soledad de los viejos. “En las tardes lluviosas, los viejos se recogen y están más solos”.

La melancolía que atraviesa la gran mayoría de los textos se complementan con, como diría cierto tango de Gardel, una “esperanza humilde”. “Conservamos la ilusión de que las cosas mejorarán algún día”, dice en una de las prosas en las que se evoca un recorrido en bus y se contempla la vida de las prostitutas y las meseras de una calle del barrio Guayaquil de Medellín. En otros momentos –contra la soledad y el desamparo– se intenta hacer una afirmación del mundo a través del asombro. Eso es válido, sobre todo, en los textos finales del libro.

No se trata de un libro de alguien que pretenda que tiene algo que decir que le debe interesar a todos. Tampoco es un libro destinado al éxito comercial. Se trata, sencillamente, de una voz solitaria, de un libro que es como una botella tirada al mar con la esperanza de ser recogida algún día por un lector cómplice.

Sin duda, desde una lectura crítica se tiende a caer en la tentación de interpretar la melancolía que atraviesa el libro como algo personal e íntimo, como síntoma de algo más general, como, por ejemplo, una expresión de la zozobra que puede producir un mundo cambiante y en desorden.



Se escribe eso y se pasa a pensar en la historia reciente de Colombia, en general, y de Medellín, en particular; en todo lo que significó el narcotráfico y el posterior narcoterrorismo. La tierra temblaba. Sin embargo, tal vez sea abusar de estas prosas sencillas si se dan esos saltos interpretativos. Aunque no estoy seguro.

Rodrigo Zuleta

El absurdo se vuelve personaje

El más absurdo de todos los personajes. Escritores y creación escrita en la narrativa hispanoamericana

GUSTAVO ARANGO T.

Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 2010, 283 págs.

A PARTIR de una observación de Albert Camus en el sentido de que el escritor es el más absurdo de los personajes, Gustavo Arango elabora un recorrido personal por autores latinoamericanos que ponen al escritor como figura decisiva de su ficción. Tal el caso de Felisberto Hernández y Juan Carlos Onetti, dos uruguayos duchos en hacer de sí mismos seres oscilantes entre la realidad y el sueño y capaces de configurar orbes narrativos absolutos en sí mismos, como la vasta saga que Onetti, a semejanza de su admirado William Faulkner, edificó en su integridad y llamó Santa María. Una ciudad que bien pudo iniciarla en 1950 con *La vida breve* y mantenerla hasta 1974 en *Dejemos hablar al viento*. Su interpósito inventor, Juan María Braunsen, pensaba hacer un guion para cine y terminó siendo el Dios que regía una urbe imaginaria con personajes como el escéptico médico Díaz Grey, quien también se aburre y también sueña aventuras para escapar a la monotonía de su vida. Este hecho de imaginar historias, que funden los sucesos reales con las fantasías del insomnio, remite a pensadores como Albert Camus y su reflexión sobre el absurdo en *El mito de Sísifo* y a los estudios de Paul Ricœur y su “hermenéutica fenomenológica” donde en